

UN MATCH NOTABLE

El tiro de pichón y el de vencejo

Son, por decirlo así, la caza urbana y lacaza rural, la escuela de tiro de la aristocracia y la escuela de tiro de la clase media, el palenque donde mide sus fuerzas el tirador ciudadano y el palenque donde mide las suyas el aldeano.

El primero, se anuncia por medio de la prensa, y se inscriben para tomar parte en él, los tiradores de la alta sociedad con S. M. el Rey.

El segundo, se propaga de viva voz, y corre la noticia por valles y montañas entre curas, médicos, jaunchos y secretarios, que se aprestan con ese motivo á pasar un buen día.

Detrás de la iglesia, donde se tira al vencejo, el vino y la sidra son los encargados de humedecer las fauces que ha secado el humo de la pólvora.

En el ruedo donde se tira al pichón, el aristocrático champagne hace las veces de aquellas modestas bebidas.

El tiro de pichón está considerado por el cazador de aldea como un tiro relativamente fácil, entre otras circunstancias por el tamaño mayor de dicha ave.

En cambio, el tiro de vencejo se considera como uno de los más difíciles, por las condiciones especiales que concurren en este pájaro.

El vencejo es un ave en alto grado viva, inquieta, movediza y fugaz.

Desde los primeros albores de la madrugada, hasta los últimos rayos del crepúsculo nocturno, vuela arriba y abajo, describiendo grandes arcos.

El vuelo de esta ave se caracteriza tanto por su fuerza y agilidad, como por su resistencia verdaderamente inquebrantable, y cruza los aires con insuperable rapidez. Sus arqueadas alas se agitan á veces con tanta fuerza y prontitud, que no se las vé sino confusamente.

Sin embargo, las despliega luego de repente, y se mece y se cierne magníficamente sin ningún movimiento visible de las alas.

En su vuelo admirable, todas las posiciones le son posibles; vuela arriba y abajo con la misma facilidad, verifica fácilmente toda clase de evoluciones, describe arcos cortos con la misma soltura que los más extensos, sumerge casi sus alas en el agua y pocos segundos después desaparece á incomensurable altura.

La caza de un pájaro de estas condiciones, se comprende que es muy difícil, por cuyo motivo sólo se dedican á ella los tiradores expertos, ó los que, sin serlo, quieren perfeccionar su puntería, eligiendo al efecto, durante aquellas interminables horas en que el sol abrasador del estio languidece y enerva nuestros sentidos, la grata sombra que proporciona el vetusto palacio ó la iglesia del pueblo, á cuyo rededor giran las veloces aves en bulliciosas bandadas.

Hay aficionados que tiran al centro del alegre tropel, y otros que dirigen su puntería á la grieta donde se agarra el vencejo al entrar en su nido; pero estos métodos, si bien dan mejores resultados al cazador, no son meritorios para el tirador.

La dificultad está en matar al vencejo aislado y fuera de bandada, sorprendiéndolo en su vertiginosa y sinuosa carrera.

Hace algunos años, cuando todavía no habíamos salido de la escopeta de pistón, un famoso Recto; de aldea, poseedor de un apellido que un hermano suyo hizo célebre en Europa, llegó á adquirir tal renombre de diestro tirador, que despertando la emulación de otros que también se tenían por tales, hubo quien desde la Corte de España vino á probar sus fuerzas con él.

El verano de 1830 un Guardia de Corps que acompañaba á los Reyes de España en su viaje á estas provincias y tenía fama de ser una delas mejores escopetas de la nación, pasó en compañía de varios amigos á la risueña villa de Ormáiztegui é invitó á una prueba al Rector D. Eusebio de Zumalacarreghi, hermano del general carlista del mismo apellido á quien se refieren estas líneas,

Aceptado el reto, convinieron las condiciones que habían de regir, siendo la principal el disparar ambos alternativamente, tirando el uno al vencejo que señalase el otro.

Situáronse detrás de la iglesia parroquial, y dió comienzo la pelea, disparando Zumalacarregui su escopeta y matando la pieza señalada por el Guardia de Corps.

Tiró éste seguidamente, matando también la señalado por Zumalacarregui.

Seis piezas llavaba cobradas el Rector y otras tantas su contrincante, sin que ninguno errara en su turno.

Disparó de nuevo el cura y cayó destrozado el séptimo vencejo á sus pies.

Disparó el Guardia y el vencejo siguió su marcha.

—Reconozco, amigo mío—dijo éste—que tira usted mejor que yo.

—No sé—contestó el cura—si soy mejor tirador; pero desde luego creo que tengo mejor vista que usted.

—¿Por qué lo dice usted?

—Porque ese vencejo va herido; yo lo he notado y usted no. La prueba es que en este momento cae á tierra.

En efecto, se dirigieron al maizal de Lapatra, y en el punto indicado, recogieron la decimacuarta pieza.

Dando por concluída la prueba, pasaron en amigable consorcio á la casa Rectoral los actores y testigos de aquella contienda.

Se componía la comitiva, además de los referidos militares, de algunos Rectores y Coadjutores de Cerain, Mutiloa, Gabiria, Ezquioga é Ichaso, que, diariamente, tenían por costumbre reunirse en Ormaiztegui, atraídos en parte por la amena conversación de Zumalacarregui, cuya inventiva y gracejo eran verdaderamente notables, y en parte también por la afición al solo, al tresillo ó á verlas venir, que de todo solía haber en aquellas alegres tertulias de grata recordación todavía para los pocos sobrevivientes que en el mundo quedan.

Sentados todos alrededor de una mesa, bajo el emparrado de la huerta Rectoral, cupos muros lame el tío Eztanda, quejándose con sus blandos susurros de que se pongan obstáculos á su libre curso, despacharon alegremente una frugal comida, bien sazónada de alegres y multicolores chistes, que á borbotones derramaba Zumalacarregui, arrancando de los comensales sonoras carcajadas que se perdían en el espacio, confundidas con el bullicio y la algarabía que producían las alegres

bandadas de vencejos que, casi rozando sus cabezas, celebraban otro festín persiguiendo al mosquito.

Sirvióse á los postres variada fruta de la misma huerta, recogida con el fresco de la mañanita, y se sacó de la pozadera ó pozo, que inmediato á la mesa estaba, la última botella de buen vino nabarro, fresco como el hielo, y entre sorbo y sorbo, fué nuestro anfitrión relatando las mil proezas ejecutadas con su escopeta de pistón.

De tal magnitud debieron ser sus hazañas, que aquella experta concurrencia le confirió por aclamación el título de insigne escopeta.

Si alguien intenta disputarle el premio del campeonato al insigne Zumalacarregui y despojarle de la trompeta de la fama que ganó aquel día (todavía no había copas), allí están el prado inmediato á la iglesia, donde se llevó á cabo aquel famoso match, y el emparrado de la casa Rectoral, donde se expidió el título á favor del cura.

Las aguas del arroyo Eztanda continúan murmurando al chocar con las paredes de la huerta, y los sucesores de aquellos vencejos que dieron su vida en holocausto de hecho tan memorable, giran con la velocidad de sus antepasados alrededor de la modesta parroquia de San Andrés, y chillan desesperadamente en persecución del mosquito, confiados en que no puede repetirse aquella hazaña.

SERAPIO MÚGICA.

